

**M**uestra vecina se llama **Rosa**

y tiene una nariz la mar de bonita.



Yo me llamo Ernesto y tengo una nariz muy corriente;  
pero me pasa una cosa excepcional a más no poder,

*y es que me pica la nariz de Rosa.*



**L**o descubrí hace pocos meses, el mismo día en que Rosa y su familia se instalaron en nuestra escalera.

–Buenos días –dijo su madre después de tocar el timbre de casa–, somos los nuevos vecinos del quinto.

–Mucho gusto, yo soy Andrés –dijo mi padre–. ¡Remedios, acércate un momento, que tenemos vecinos nuevos!

Entonces los padres se pusieron a hablar por los codos, como casi siempre: que si en este edificio se está tan bien, que si los vecinos son fantásticos, que si en el barrio tenemos de todo... y muchas otras cosas que ahora no recuerdo.



Lo que sí recuerdo  
como si fuese ahora mismo  
es que, de repente, de detrás  
de las piernas de  
la señora

a p a r e  
i c i ó

una niña de mi edad  
con una nariz muy mona.

Y poco después esa **NARIZ** ya me empezaba a picar.



**L**a gente no se lo puede ni imaginar, pero que te pique otra persona puede ser un problemón: por un lado, harías cualquier cosa por acercarte y rascarla sin parar; pero, por el otro, sabes perfectamente que, si lo hicieras, más tarde o más temprano te arrepentirías y, tal vez, la dejarías de ver una temporada.





**E**s por eso que, aunque Rosa y yo vamos al mismo colegio, nunca recorremos el camino juntos: cuando la oigo bajar las escaleras, por la mañana temprano, siempre espero a que pase de largo antes de salir. Y si me la encuentro caminando por la calle, cambio de acera o hago como si mirara un escaparate antes de seguir; y en la escuela siempre voy con los ojos bien abiertos para no encontrármela en el patio, en la biblioteca o en la sala de informática...

